

## ¿Individualista?

*‘Escribir es intentar descubrir  
lo que escribiríamos si escribiésemos’*

*Marguerite Duras*

Querido Juan:

Este intercambio de relatos cortos y correos electrónicos largos que hemos tenido en la fase final del confinamiento me ha hecho reflexionar sobre muchas cosas: ¿para qué escribir relatos?, ¿por qué escribirlos?, ¿es el inconsciente el que escribe y no yo? El inconsciente, ese ente que tan bien conocéis los psicoanalistas y que yo no creía que existiera hasta que la fuerza de nuestros relatos compartidos me lo ha puesto ahí, a la vista.

Por casualidad (¿existen las casualidades para el inconsciente?) me ha saltado a la cara la frase magnífica de Duras y, con modestia, me la he aplicado. Me he dado cuenta de que cada relato que he escrito ha surgido así, como si alguien o algo me lo dictara. Alguien tan individualista como yo, quiere creer que es mi inconsciente. Y subrayo el ‘mi’. Que soy yo quien escribe, vamos, no es dios ni ninguna voz esquizofrénica.

Y también he recordado que oí o leí una vez a Manuel Vicent decir que él escribía de una tirada, sin pensarlo mucho y sin corregir siquiera. No me lo creí, yo me fio más de Picasso: “La inspiración existe, pero tiene que encontrarte trabajando”.

Pero sí me doy cuenta de que a veces, al leer tus relatos por ejemplo, me da el pálpito y tengo que escribir. No importa que haya hecho un esquema previo, no importa cuántos días lleve madurando una idea. El inconsciente, ¡aceptémoslo!, me dicta, y lo que sale no tiene nada que ver con el esquema ni con la idea madurada o en fase de maduración.

Y me manda recuerdos que apenas recordaba, y me manda recuerdos que no recordaba, y me completa el relato con recuerdos que no existieron. Y así sale todo. Sin saber muy bien a qué responde esa necesidad de escribir sobre cosas tan pasadas, a qué responde ese mandato imperativo que me empuja.

Y (quizás ese es el objetivo) salen a la luz cosas que están ahí, sin cerrar del todo, como si de un análisis barato se tratara. Barato porque no tengo que pagar a ningún colega tuyo, sois muy caros. Además el diván ¡es tan incómodo!

Soy consciente de que los analistas decís que si no se paga, uno no se cura, ¡buen argumento! Así que, probablemente no me curaré, pero saciaré mi instinto exhibicionista mandando mis pequeños relatos a mis mejores amigos y, espero, me quedaré en paz con una parte de mi vida. Y me acercaré un poco a mis preguntas vitales no cerradas que ya has visto y/o deducido por mis anteriores historias.

En este contexto, hay otra pregunta-reflexión que me hago muy a menudo y que me ha surgido con fuerza con tus relatos: el tema del individualismo. ¿Soy individualista? o ¿todos los seres humanos somos individualistas?, ¿o es una defensa frente al otro?, ese otro necesario pero que a veces hay que mantener a distancia. ¿Somos todos individualistas por el solo hecho de ser individuos? Al fin y al cabo las dos palabras tienen la misma raíz.

Ya te he dicho muchas veces que pienso que todos los que os analizáis os volvéis más individualistas, pero comienzo a pensar que ese individualismo es una coraza defensiva, una forma de afirmarse ante una sociedad, como esta en que vivimos, tan gregaria y en donde el colectivo (cuadrillas, etc.) pesa tanto, influye tanto en las personas. Y me incluyo a mí mismo en ese individualismo-coraza, por supuesto.

Reconozco que tenía muchos triunfos en la baraja de la vida para ser así. Para empezar fui hijo único, lo cual imprime carácter, como sabes. Para continuar ya he contado muchas veces que en algunos momentos de mi vida me he sentido distinto a la gente de mi alrededor:

- En el Instituto, en medio de los hijos de la clase alta en Castellón. Allí la clase alta iba a la enseñanza pública y laica.
- En la Universidad entre compañeros con mayor nivel cultural y mayores posibilidades en su ambiente familiar.
- Ante las chicas de mi cuadrilla. Me sentía feo. Muchas veces, de mayor, he pensado (y esta te va a gustar porque es claramente carne de psicoanálisis) que mi madre me prefería feo para que me quedara siempre en casa.
- En los veranos en Lucena, las chicas me ponían los codos al bailar y no había manera de arrimar nada. Por cierto, el saludo del otro día en la muga Euskadi-Cantabria de Urkullu y Revilla chocando los codos me recordó mucho aquella situación. Obviamente nuestro Lehendakari era el que ponía los codos y Revilla (diría que bastante más atrevido) el que intentaba apretar.
- Y, para confirmar, mi amigo Luis, que es un golfo, entrañable pero golfo, al ver la foto de mi boda en Carabanchel, me dijo literalmente: 'pero qué feo eras, camarada'. Confirmó a posteriori todas mis obsesiones. También me dijo que había mejorado mucho con la edad.

Nunca sabré, o nunca reconoceré si todo eso me hacía sentir mal, que sí, o fundamentalmente, me hacía sentir 'especial', 'diferente', ¿mejor? No sé. No lo reconoceré, pero haber, algo hay.

Es decir, creo que me venía de fábrica ser un individualista. Y no me ha venido mal, creo que me ha ayudado a vivir y a resistir los golpes que, como a todos, me ha dado la vida. Reconocerte como individualista te hace reconocerte como individuo, te hace valorar tus cosas buenas, tus capacidades positivas y usarlas. Y también, esto es muy importante, ser consciente de tus limitaciones y desarrollar estrategias para superarlas... o para obviarlas.

Creo que la madurez me ha venido bien: me veo menos feo. Pero sobre todo he sido capaz de ser lo suficientemente gregario, sin pasarme, para sobrevivir: de militar (aunque la clandestinidad quizás potencia aún el individualismo), de soportar la cárcel (ahí prima el colectivo,

claramente), de enamorarme, al menos dos veces (no mucho, ya me conoces), de cuidar a mis parejas y a mis hijos, de trabajar durante treinta años con distintos equipos profesionales, de cuidar a los amigos, como tú.

Y, en el colmo de la integración, he sido algo gregario, he pertenecido a una amplia cuadrilla de esas que hay por aquí y que tú también recuerdas. Allí nos conocimos: dos individualistas contumaces haciendo amigos... y enemigos, ya sabes.

Dos individualistas capaces de ser muy amigos y ayudarse. Nunca olvidaré tu apoyo en uno de los momentos más duros de mi vida, en los años 2005-2006, en que gracias a ti entendí lo que estaba pasando y lo sobrellevé. Para ese tipo de momentos, tener un amigo psicoanalista no-API (subrayo lo de amigo) es vital.

Yo vivo como un éxito el mantener esa individualidad, ese individualismo que me ha ayudado a sobrevivir. Y a relacionarme con los otros como forma de vivir. Manteniendo a ese otro a cierta distancia.

Además, no te he dicho, soy Acuario, lo cual lo aclara todo por fin.

¿Qué opinas?

---

Querido Juan:

Tras releer este texto me he dado cuenta de que tiene un cierto cariz de final de ciclo: de final de confinamiento, de final del psicoanálisis gratuito que me he dado a mí mismo con estos relatos, de relato final.... Por el momento.

Este es un relato distinto de los anteriores. En él pretendo dar fe de que he cerrado cosas pendientes. O quizás que he expresado esas cosas pendientes como forma de conocerlas mejor, porque cerrar, cerrar no lo tengo muy claro.

Además, ¿para qué cerrar?, creo que podré seguir viviendo con todo abierto.

Al menos hasta el siguiente confinamiento. ¿En Octubre?, ¿Antes?

---

**P. Orenga**